

Cuadernos de Imaginario 2

Segundo Recital

libro abierto

NARRATIVA

- CARLOS RENGIFO
- TULIO CAMPOS
- HORACIO VARGAS
- GUSTAVO ALIAGA

POESIA

- ANA MARÍA GARCÍA
- GLORIA ROMERO
- WILLIAM OROPEZA
- KARLA NEWMAN



ASOCIACION LITERARIA

AUSPICIA:

MUNICIPALIDAD DE LINCE

libro abierto

UNMSM-CEDOC



© 1992 Asociación Literaria Libro Abierto

Se autoriza la reproducción parcial o total
de los textos, citando la fuente.

Diagramación y Composición de Textos:

- Alejandro Izquierdo - 815544
- Grupo Imaginario - 498705

Diseño de Carátula:

Juvenal Córdova - 850684

PRESENTACION

La Alcaldesa Esther Alvarez de Gavidia y el Municipio de Lince, continuando con su labor de promoción de la cultura, se complacen en presentar al grupo literario "LIBRO ABIERTO" en su segundo recital de Narrativa y Poesía.

La actividad de "LIBRO ABIERTO" se orienta básicamente al estudio y profundización de la literatura y la promoción de nuevos valores, labor que se hace efectiva en la organización y conducción de Talleres en diferentes locales de Lima.

"LIBRO ABIERTO" es actualmente uno de los grupos literarios más reconocidos y muchos de sus miembros han obtenido meritorios puestos en diversos eventos literarios tanto a nivel nacional como internacional.

I. NARRATIVA

CARLOS RENGIFO (LIMA).- Egresado de la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad San Martín de Porras. Miembro de la Asociación Cultural Libro Abierto y participante de los talleres de narrativa de la misma.

Obtuvo mención honrosa en el concurso "el cuento de las 1,000 palabras, organizado por la Revista Caretas - 1986. Ganador del concurso organizado por al Municipalidad Provincial del Callao (1992).

"LA VICTIMA"

EL DIECIOCHO de mayo de 1989, Eduardo Valdivia, al salir de su casa para ir a dictar clases en la universidad, encontró a su perro colgado de la rama de un árbol, envuelto con una tela roja, en cuyo extremo aparecía una hoz y un martillo. Su primera impresión fue de curiosidad; luego, de sorpresa, de angustia, y, cuando estuvo más cerca, de irreprimible temor. Descolgó al animal, vio la sangre coagulada alrededor del pescuezo y vertió unas lágrimas, no por él, sino por Juliancito, su hijo menor. Ahora tendría que ocurrírsele una buena idea para consolarlo. Guardó la tela en el bolsillo de su saco, cargó el cuerpo inerte y echó a correr hacia el pampón ubicado detrás de la casa. Al llegar, lo dejó caer en un rincón, cubriéndolo con matorrales recién cortados. Más tarde lo enterraría. Se preguntó si lo estarían vigilando, y esa posibilidad lo estremeció. Sacudió las manos, limpió su portafolios, extrajo un pañuelo y se enjugó la frente. No era el momento aún para dejarse vencer. Miró la hora en su reloj: tenía ya diez minutos de retraso. Caminó de prisa hasta el paradero. Sin extrañeza, notó que seguía sudando y que un ligero temblor se había apoderado de sus piernas. La gente que esperaba se detuvo a observarlo. ¿Lo observaban realmente o era sólo su imaginación? Desvió la vista hacia el quiosco de periódicos. Grandes titulares anunciaban sobre un ataque subversivo. Eduardo no pudo evitar inquietarse. Algo en su interior empezaba a mortificarlo. Oyó el motor del ómnibus que se acercaba y, junto a los demás, emprendió la carrera. El vehículo estaba repleto, pero, tras hábiles forcejeos, logró subir.

Mientras viajaba pensó que debió haber advertido a su mujer; no era justo que ella ignorara lo que estaba ocurriendo, sobre todo por las consecuencias que podrían surgir. Contempló la cara de algunos pasajeros: rostros anónimos, desconocidos. ¿Ellos sabrían lo que era el miedo, el verdadero miedo? Esta vez le tocaba a él. Jamás creyó vivir este momento, dando por sentado que las peores contrariedades les sucedían a los demás. Ahora, sin embargo, parecía vislumbrar algo opuesto, una fría amenaza sobre sus espaldas. Pensó que era injusto, terrible, inevitable.

Habiendo transcurrido un buen tiempo, ¿por qué precisamente ahora debía de suceder? Recordó sus primeras clases, en Huamanga, a los pocos meses de titularse, y esa inquietud de los alumnos por escrutarlo, por hacerlo caer en un error. Recordó unos rostros furiosos, rencorosos, enfrascados con él en largas polémicas, ante tazas de café y golpes de puño sobre la mesa. Volvió a sentir la humillación de aquel día cuando, listo para ingresar al aula y dictar su curso, le cerraron la puerta en la narices, con la resuelta intención de no volvérsela a abrir nunca más. Fue su hermano Raúl, entonces, quién le aconsejó que viajara de inmediato a Lima.

Divisó el local universitario; pagó su pasaje. Cuando el ómnibus aminoró la marcha, bajó de un salto. Avanzó a trancos largos, mientras se arreglaba el nudo de la corbata; cruzó la puerta de entrada, dobló hacia las oficinas, registró su asistencia trazando una firma temblorosa, y salió al pasillo. Poco antes de llegar a su aula, alguien lo llamó. Eduardo dio media vuelta y ahí venía Gastón Olazábal, el decano de la facultad. Con el ceño fruncido (un gesto ya habitual en él) se acercó a decirle que la puntualidad, señor Valdivia, más aún tratándose de profesores recién aceptados en esa casa de estudios, en ese centro particular donde los alumnos pagaban, oiga usted, pagaban para que (y Eduardo con ganas de mandarlo a rodar, de gritarle a la cara) sólo le pedía algo más de seriedad, Valdivia, habían muchas presiones, entiéndalo, muchas responsabilidades; además, era por su bien, se lo (impaciente por estar ya frente a su clase, olvidando por completo –queriendo olvidar– aquel incidente del árbol, concentrándose en) existían normas, como usted muy bien lo sabe, reglas que habían que acatar, y Olazábal de pronto notó, acercando su índice a la parte inferior del saco de Eduardo, que su pañuelo, señor Valdivia, se le estaba cayendo del bolsillo. ¡Era la tela roja con la hoz y el martillo! ¿Cómo pudo olvidarlo? Una fuerte arcada le oprimió el estómago; inmediatamente metió la mano al bolsillo y estrujó la tela, aprisionándola en un puño. Con mucha dificultad tragó saliva; sintió que su mano, allí adentro, empezaba a sudar, a temblar.

El decano siguió hablando, y él sólo atinó a mover la cabeza, a asentir con gestos mecánicos, ya sin oírlo, soportando la agitación en el pecho, el nudo de la

corbata, el rápido parpadeo de sus ojos, mientras esperaba que Olazábal se fuera. Cuando éste por fin lo hizo. Eduardo no entró al aula, sino que pasó de largo directo hacia el baño. Al ingresar, vio a tres jóvenes en el urinario, a otro inclinado sobre un lavatorio, y se metió de prisa a una letrina vacía, Aseguró bien la puerta y sacó la tela. Hacerla pasar por el excusado, ahora, sin pérdida de tiempo. La anudó varias veces antes de arrojarla. Movi6 la llave y se atasc6; la afluencia de agua que esperaba ver alrededor de la taza no salía. Intent6 de nuevo, y la misma obstrucción. Levant6 la tapa superior. No había bomba, no había cadenilla, no había nada. Maldijo. Con el portafolios entre las piernas, se quit6 el saco, remang6 la camisa y hundió su mano hasta sacar la nudosa tela. Luego la exprimió con rabia. ¿Y ahora? Entrar a otra letrina, cuanto antes. Pero, al abrir, se top6 con Bertello, buenas, profe, ¿no iba a hacer clase?, uno de sus alumnos, los muchachos estaban esperando, que también se fij6 (maldijo otra vez) en ese trapo húmedo que traía en la mano, profe, y Eduardo entonces se olvid6 de las letrinas, se olvid6 del goteo que mojaba la punta de su zapato, y sali6 apresuradamente.

Camin6 a lo largo del pasillo hasta dar con los jardines. Err6 un buen rato, mirando a ambos lados, buscando un sitio adecuado, intuyendo vagamente que habían dos o tres vigilantes en alguna parte, y quizá todos sus alumnos y el mismo Olazábal acechándolo con las narices pegadas a las ventanas del pabell6n. S6lo era cosa de un segundo, se dijo. Dejarla caer, tirarla por ahí, entre el alto césped o junto a las plantas de mayor follaje; nadie se daría cuenta, ni siquiera los muchachos que pasaban por su lado, y si acaso despu6s alguien lograba encontrarla, ¿quién podría acusarlo? Ya para entonces cualquiera sería un posible culpable. Se detuvo frente a unos arbustos, rodeados de abundante maleza; esper6 que pasara un grupo de chicas, sonrientes, conversadoras, fáciles de distraer la atención, y arroj6 la tela mojada por debajo de su portafolios. Se alej6 en seguida, sin mirar atrás, percibiendo que le palpitaban repentinamente las sienes.

El resto de la mañana lo ocup6 en dictar sus clases, no sin contratiempos: las tizas que se le caían de los dedos, el olvido de alguna cita kantiana, la confusi6n de textos fenomenol6gicos por racionalistas, y en cada inconveniente Eduardo sacaba su pañuelo (¡esta vez sí su pañuelo!) y se enjugaba el sudor o se tapaba la nariz simulando un estornudo.

Hacia las dos de la tarde, al término de una prueba escrita, vio por casualidad a Pablo Ram6rez, qu6 tal, hermano, almorzando en la cafetería, y se acerc6 a contarle lo de la muerte de su perro. Pablo mantuvo el tenedor en el aire, hizo un gesto dubitativo y luego lo mir6 con extraño brillo en los ojos, un brillo que

para él significaba compasión. ¿Se trataba, acaso, de una advertencia? El amigo no quiso opinar, sólo le murmuró al oído que se andara con cuidado, Eduardo, la cosa era seria, muy seria. ¿Qué diablos había hecho? Ni él mismo lo sabía con exactitud. Esperó que Pablo le dijera algo más, tal vez algunas palabras consolatorias; pero como ahora su colega parecía concentrarse en masticar con fruición, le palmoteó el hombro y se alejó desconcertado, con los exámenes saliéndose del portafolios. Atravesando el pabellón creyó haber olvidado algo, quizá estrecharle la mano a su amigo, a pesar de todo; quizá dejarle los exámenes para que fuera él quien los corrigiera; quizá mirarlo fijamente a los ojos y decirle adiós, hermano, saludos a tu mujer.

Pero, en el ómnibus, de regreso a casa, Eduardo ya no pensó en eso, porque notó, receloso, la mirada insistente de un tipo a sus espaldas. Al principio, no quiso admitirlo. Total, podría estar viendo a cualquiera, al señor de su costado, por ejemplo, o a la muchacha de más allá. Sin embargo, cada vez que volvía disimuladamente la cabeza, ahí encontraba los ojos del tipo clavados en él. Cambió de lugar de un pasamanos a otro; ensayó un silbido que lo entretuviera; se acercó a la portezuela de salida. Unas cuadras antes de llegar al paradero, entregó su pasaje y descendió rápidamente los escalones. Con creciente angustia, vio que el tipo también bajaba, y en seguida aceleró el paso. Al doblar en una esquina, corrió a parapetarse en el muro de una casa. Allí esperó, jadeando, temblándole todo el cuerpo. Era seguro que venía detrás de él, seguro. Oyó unos pasos que se acercaban, y el corazón empezó a latirle más de prisa. Apenas distinguió al tipo se le fue encima, arrojándolo al suelo de un puntapié, por qué lo seguía, dándole de cabezazos, por qué, sacudiéndolo de la casaca, habla, hijo de puta, habla, y el otro con los ojos desorbitados, oiga, tío, qué le pasaba, defendiéndose como podía, que no fuera abusivo, tío, él vivía por acá, tratando de apartarlo, se lo juraba por su madrecita, tío, no estaba persiguiendo a nadie, por su madrecita. Eduardo entonces se dio cuenta de su error, de su estúpida equivocación. Musitó una disculpa, ayudó al joven a levantarse, repitió que lo sentía, flaco, estaba un poco volado, y cogiendo su portafolios, echó a andar.

Había que serenarse, se dijo, mientras cruzaba a la otra acera, no caer en la desesperación, avanzar tranquilo el tramo que le faltaba para llegar a casa y, sobre todo, no pensar, no acordarse de nada, mucho menos de su hermano Raúl, el comandante, el jefe de la zona militar en Cangallo, ni en su gesto aprobatorio y hasta agradecido cuando él, en medio de una gran borrachera... No, lo mejor sería olvidar, olvidar. Dio con el pampón donde había arrojado al perro. Ahora sí había que enterrarlo, acabar con todo esto de una vez. Se internó en el sinuoso terreno, cubierto de basura, desmonte y excremento, y remangó su saco para descubrir al animal. Tiraba a un lado los matorrales cuando oyó el frenazo de un auto. Quizá ya lo

esperaba, quizá ya se imaginaba a esos tres hombres armados saltando del vehículo y yendo hacia él. Así que volteó de golpe y entonces ya no hubo tiempo de nada, ni de suplicar llorosamente una oportunidad, ni de ver por última vez ese gesto aprobatorio y hasta agradecido de su hermano cuando él, Eduardo, en medio de una gran borrachera, soltó un nombre, aún sin estar muy seguro, quizá por simple especulación, y una semana después apareció en el cerro un cadáver con moretones y signos de quemaduras. No, Eduardo Valdivia ya no tuvo tiempo ni siquiera de gritar, porque la fulminante descarga de los tres hombres armados lo derribó en el acto.

C. r. c.



GUSTAVO ALIAGA RODRIGUEZ (Lima 1969).- *Estudiante de la Facultad de Odontología en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Participa en los talleres de Narrativa de la Asociación "Libro Abierto". Ganador del concurso en los talleres "Avanzados" de Narrativa de la Asociación "Libro Abierto".*

PIN - BOL

- 1.- A través de la red de acero, contempla la pequeña cabeza que levanta la mirada hacia el pedazo de cartón que indica un precio. La sonrisa pueril se dibuja en su rostro. Dos monedas traspasan la boca de la red, y la mano venosa del hombre deja caer una ficha de metal con hendiduras místicas. La guarda en el puño izquierdo. Su pulgar acaricia el relieve del disco, mientras avanza por el medio del salón.

La acústica, el ritual de colores agresivos y las luces severas se articulan en su mente formando fantasías. Las personas se multiplican en cada rincón, con la misma facilidad con la que se diluye el humo de los cigarrillos. Algunos buscan en las máquinas el reto instintivo; otros, la pericia del jugador. El pulso infalible. El ojo avizor. Los dientes ocluidos que no impiden maldiciones. Un

golpe en el tablero: la derrota. Las manos que parecen torcerse en cualquier momento, rompe la monotonía un grito de júbilo: el triunfo.

- 2.- Por la cuadratura de la ventana: la luna y la noche estrellada son el negativo de una fotografía. El globo de luz tergiversa los escasos objetos de la habitación. Brilla la insignia marcial sobre tu uniforme. Revisas el cilindro del revólver: cuentas seis balas y lo haces girar. Guardas el arma en la funda de tu cinturón. Sabes que esta noche su cañón estará caliente.

Unos pasos se escuchan por detrás de la puerta, ésta rechina gravemente. Tiene las sienes canosas y lleva arrugas en el rabo de los ojos, a pesar de ser joven: –No vayas a olvidar el regalo de Alicia. Ella sueña con ese vestido para su cumpleaños– viste una bata raída y de sus manos cuelga una bufanda gris.

–Me lo has repetido tantas veces que no podré pensar en otra cosa toda la noche– aprisionas los botones en los ojales de tu uniforme. Ella baja la mirada, sentida por su insistencia. Contempla por unos segundos tu quepi sobre el blanco mantel. Lo coge y se te acerca: –No quise inquietarte, pero ...lo de esta noche ...los naipes –un hipo de llanto le alza el pecho.

La tomas de las mejillas y la estrechas fuertemente contra tu cuerpo. Sientes las lágrimas en tu cuello: –Te prometo que será la última vez. No digas nada, por favor. Esta vez es definitivo– Ella sabe que sus palabras son como un grano de arena que golpea contra una roca. Sólo le queda la esperanza de que esas palabras se vuelvan realidad –Sé que te he descuidado a ti y a la niña; pero cada minuto en las calles es por ustedes– Para tí, el miedo es irreveleable. Confesarlo: quebraría su seguridad y comprensión –He pedido vacaciones para el mes que viene; con el dinero que tenemos ahorrado visitaremos a tu madre, como quieres– Con una sonrisa comprensiva, enlaza la bufanda a tu cuello y se abraza a tu pecho. Sientes su olor. Y el brillo de sus miradas dicen el resto. Tus dedos acarician sus cabellos, mientras chasquean los besos en su frente, en sus mejillas perladas de lágrimas. Deslizas suavemente tu muslo entre sus piernas. Y sus labios se buscan hasta volverse más rojos. Respiran por unos segundos el aliento del otro.

–No intentes quitarte la bufanda, hará mucho frío, además el gris es protector– Te cuadras frente al espejo acomodándote el quepi e imaginas un vestido rosado. Pasas las manos sobre tus galones y, el vestido, cambia a celeste.

–¿Qué mas leíste en tus naipes?, aparte del frío y el gris– encoges tus manos para llenar los guantes, extiendes los dedos y presionas el seguro.

Ella no quiere responderte: –Sabes que me equivoco– duda del inexorable destino de los hombres –las tres veces que "eche" las cartas leía lo mismo: "La balanza de tu vida está inclinada. Alguien inocente y hábil tendrá poder sobre tí. Sólo antes de la aurora". El presagio te sumerge en el mutismo. Sabes que la vida no se sujeta a adivinaciones supersticiosas: Y reíste a carcajadas. A través de la ventana, la luna con un brillo electrónico parece sonreír.

- 3.- Solo en una esquina. La vieja máquina de juego: Espera. Brilla la perilla. Brillan los botones. Y sobre el tablero un vaho de cigarrillos se desvanece, señalando un nombre: Nightcop.

El niño encamina sus pasos. Los pequenísimos cuadrados de colores forman imágenes animadas: El vigilante protege una ciudad de ferales encapuchados. Un semáforo cambia de luces constantemente. Una luna sonríe cada mil puntos. "Sólo una vida para los 100,000 puntos", piensa mordiéndose un labio "El que programó este juego se pasó de pendejo ...nadie puede ganarle al gigante. Máquina de mierda". Araña el engranaje por aparear el disco. Se concentra en la estrategia "No debo enfrentarlos cuerpo a cuerpo ni malgastar disparos. Si son muchos, dar vueltas hasta acabarlos uno a uno", la ficha escapará en cualquier momento "Este botón es para las `Magnum´, debo guardar una para el gigante".

- 4.- Es una noche fría, como si el tiempo estuviera estancado en un marco de cristal. Los postes de luz orillados en la avenida se prolongan hasta perderse en un punto. La esquina roja está casi desierta. Desde el patrullero apenas alcanzan a distinguirse las figuras asexuadas, que arroja y devora la noche.

Tiene suerte en retirarse sargento –acerca un cigarrillo a la llama que protege con su mano– ¿Su familia lo sabe? –Les voy a dar la noticia en el cumpleaños de mi hija– las solapas aprisionan tus mejillas. "Seda rosada", piensas mientras introduces un dedo entre la bufanda y tu garganta –Le compré un vestido.

–A mí me faltan cinco años para ir detrás de un escritorio. ¿Y sabe qué?. Nunca he rezado ni rezaré en las redadas. Me guardo para la última– observa su reloj y gira la cabeza escupiendo humo –El novato debe llegar en cualquier momento.

"A mí me llamaban así", resbalas tus dedos por el vidrio mientras caes en los recuerdos "Amaba más a mi patria y me sentía capaz de realizar grandes

proezas: Fui espada de honor en mi promoción. Cómo me gustaba mostrar ese cóndor tatuado en mi brazo. Y mi primera redada. Y mi primera redada: La fábrica. El callejón oscuro. La navaja directa a mi corazón. Y mi bala destapándole la cabeza. "Se le acusa de un abuso de autoridad: sin embargo, sus honores pueden salvarlo". El intrépido novato jodió su futuro. Jodió a su familia".

—Allá viene— gira la llave y el motor contesta con resoplidos raudos —Le va ha caer bien. Es un novato intrépido.

- 5.- El "click": Reordena la pantalla. Presiona un botón y la obertura atrayente da inicio al juego. La palanca empieza a moverse por todas partes. Viene de uno en uno: los elimina fácilmente. Desconfía. Los quejidos mecánicos lo vuelven impermeable. Decide presionar el botón: Dispara a la derecha, hacia arriba, a la izquierda ...la luna ha sonreído por primera vez.

El ruido de las sirenas aplasta el ambiente. Los potentes faros devoran la oscuridad de un edificio. Las patrullas forman barricadas. Los infalibles puntos de mira de las ametralladoras se multiplican. Avanzan con prisa los gendarmes, maniobrando, empequeñeciéndose para cruzar las calles. "Están por todo el edificio, no conocemos su número. Tiene rehenes y están armados ...": La radio del patrullero. El Mayor por el "walkie - talkie": "Usen lacrimógenas para el primer y segundo piso. Los francotiradores cubrirán la fuerza de choque!...".

"Amarren en las ventanas al portero y a los guachimanes. ¡Traigan la dinamita!...": El hombre destroza los vidrios con el cañón de la metralleta. Todos lo imitan. Y el trueno de disparos por ambos flancos. Los proyectiles extinguen círculos de luz. De pronto, la cabeza confiada de un gendarme: El silbido de una bala perforándolo. "¡No deben entrar carajo!. ¡Usen la dinamita! —avanza el gigante haciendo jirones su camisa— ¡Mójenlo y cúbranse la cara!". "El ala este se ha convertido en un infierno. Los bomberos no pueden controlarlo. Tres de mis hombres han muerto ...": grita el "walkie - talkie". El Mayor: "¡Necesito voluntarios!".

- 6.- "El marcador está en 80,000 y sigue subiendo", piensa mientras la luna no deja de sonreír. Ahora se mueve más de prisa. Dispara por todas partes eludiendo los cartuchos de dinamita. "Carajo —está encerrado en un callejón— Mierda". La palanca parece quebrarse en cualquier momento. "Eso es. Mueran, mueran

todos –los engaña– Tranquilo. Cálmate –una navaja se acerca– ¡Putá! –presiona violentamente el botón de disparo y la luna sonrío dos veces– Bien. Todo está bien. La última Magnum será para él”.

El Mayor te lo dijo: "¿Porqué arriesgarse sargento?". Y te decidiste. Ahora estás en ese infierno, junto al novato que acabas de conocer "Es impulsivo y tan joven como...". "Ya no disparan", la voz seca del novato en un gesto de risa. "La fuerza de choque debe haber entrado –sabes que sólo tienen una salida– ¡Preparen sus armas!". Retiran el seguro con un chasquido unísono, como si esperaran esa explosión que arranca la mitad de la pared. "¡Fuego!". Y presiona el botón como un demente porque el marcador está en 90,000. Tratas de cogerlo del hombro pero es demasiado tarde. El novato corre disparando hacia esa nube de balas; a la que tú disparas. Ellos disparan. Y todos disparan. Y todos han muerto, porque el marcador indica 95,000. El gigante semidesnudo avanza pisoteando los cadáveres. Te incorporas contemplando el cuerpo de tu enemigo; mientras el hombre y la máquina se funden en la batalla final. Presiona dos botones y tu puño izquierdo se estrella contra el cráneo del gigante. Sus brazos te cogen. Te ahogan. Empuja la palanca y ¡paf!: un cabezazo. Ambos cuerpos caen sudorosos. Un botón y la palanca: estrellas tu cuerpo contra él. Encierra tu cuello en su brazo. Tus ojos se resisten y esa maldita palanca que no funciona. Aprieta botones sin pensar; arañas su rostro. Tiras de sus cabellos. Y tira a la mala para que tu codo se estrelle contra su abdomen. El botón para la `Magnum´: El revólver que levantas: El fusil que te dispara.

"Game Over". El niño avanza hasta el umbral y se estremece. Desdobra su bufanda gris y la tira sobre su cuello. En el cielo se vislumbra la hora celeste: amanece.



HORACIO VARGAS MURGA (LIMA).- Estudiante de medicina en la Universidad Cayetano Heredia. Miembro de la Asociación Cultural Libro Abierto.

Ganador del primer, segundo y tercer puesto en los Juegos Florales de la Universidad Cayetano Heredia - 1991.

Participante en el segundo encuentro de escritores jóvenes - 1991 organizado por APPAC.

Publicaciones en la Revista Imaginario, en la Revista Parcela Literaria y en la Tortuga Ecuestre.

EL ENIGMA DE CORA

Bastaba ver a Cora una sola vez para darse cuenta que era realmente bella. Rubia, exuberante como ninguna. Los jóvenes de la vecindad la miraban con impaciencia, unos con deseo, otros con aquel semblante de quien se enamora por primera vez. Sus 19 años, su encantadora figura podían hacer perder la cabeza a cualquier hombre.

—¿Por qué el tiene esa cosa que yo no tengo?— preguntó la niña molesta. La tía se ruborizó de pies a cabeza. Le empezaron a temblar las manos. Escondió el rostro un momento tratando de recobrar la calma. El niño las miró contrariado. En sus 3 años, no podía salir de su asombro.

—Sobrinita, esa cosa es su pipí, la tienen solo los varoncitos. Las mujercitas en vez de pipí tenemos nuestra cosita.

—¿Y por qué no tenemos pipí?.

—Porque... porque la naturaleza nos hizo así, ¿cómo te lo explico?. Eres aun muy pequeña. Mira, yo te prometo que otro día conversaremos.

Grandes conquistadores se convertían en unos niños torpes ante su presencia. A mi también me pasaba lo mismo. Ella no tenía amigos muy cercanos, la mayor parte del tiempo andaba sola. Respondía a todos los saludos, pero jamás se quedaba a conversar largamente con ninguna persona. Raúl, el apodado “galán de

galanes”, buscó la forma de acercarse a ella. El día de la fiesta de la vecindad intentó sacarla a bailar, pero Cora rehusó la invitación y no bailó con nadie aquella noche, Raúl insistió llenándola de obsequios sin lograr su cometido. Incluso en una oportunidad, Cora le lanzó una mirada de desprecio y le dijo que no quería volver a verlo.

La niña lo descubrió de casualidad, cuando el niño fue al baño y olvidó cerrar la puerta. El podía orinar parado y ella no. El poseía algo que ella no poseía.

–Tía, yo también quiero tener pipí.

–Sobrinita, yo te voy a explicar. –Pero las explicaciones fueron en vano. Además la tía no se sentía preparada para hablar del asunto, a ella tampoco le habían explicado nada sus padres. Su nerviosismo aumentó la desconfianza en la niña.

–Yo quiero tener pipí, como él.

–Pero niñita...

–Yo quiero tener pipí, yo quiero, yo quiero, yo quiero.

Se tiró al suelo y empezó a patalear descontrolada. La tía no sabía que hacer.

Lo mismo sucedió con Aldo, hijo del alcalde, Braulio, médico de la vecindad. Arturo, afamado comerciante y otros tantos que corrieron la misma suerte. ¿Qué había de oculto en ella?. Nadie lo sabía. Aquella idea me tuvo obsesionado por un tiempo. No lograba entender qué era lo que estaba ocurriendo. Durante varios meses, nadie más se acercó a Cora, temerosos de terminar como los anteriores pretendientes.

En cierta ocasión la encontré limpiando la ventana de su casa.

–Te ayudo Cora.

–No gracias, no necesito ayuda.

–Vamos, te doy una mano...

–He dicho que no, lárgate y no me fastidies.

La niña recortó con unas tijeras un pedazo de esponja y los sostuvo a la altura de su pubis.

–Yo ahora soy hombre y este es mi pipí. –De esta manera andaba por toda la sala haciendo prevalecer su masculinidad artificial. Su tía la miraba confundida. Ella había sido como su madre, desde que su hermana murió en un accidente automovilístico. La niña jamás conoció a su padre, este la abandonó apenas nació.

La tía preocupada por la situación consultó con otras amigas.

–Son cosas de niños, ya se el pasará, no te preocupes.

Cora me miró completamente molesta.

–Pero Cora, yo solo quería ayudarte.

–Pues no quiero tu ayuda, ni la de nadie. No necesito la lástima de ustedes.

–Lástima, no entiendo, ¿por qué nos tratas así a todos los de la vecindad?, ¿qué te hemos hecho?, ¿acaso nos detestas porque no somos adinerados?.

–Porque son hombres.

Hay un gran alboroto en el jardín de la casa. El niño y sus amiguitos están jugando a los volantines. La niña pide que la dejen jugar con ellos, pero nadie le responde. Todos están entusiasmados. La niña entra al juego, se tira un volantín y se le levanta la falda. Los niños explotan en carcajadas.

Quedé mas confundido. Nos miramos un momento sin pronunciar palabra alguna.

–Lo siento, no quise decir eso, vete por favor.

–Cora, quizás algún hombre te haya hecho daño, pero no todos somos así, comprende yo...

–Lárgate Marco, no quiero seguir conversando.

–Cuéntame que te sucede, yo te puede ayudar.

–Vete de una vez, por favor. –Se puso a llorar amargamente. Yo me retiré sin saber que hacer.

Los niños se ven muy contentos.

–Hay que jugar a quien orina mas alto.

–Si, si –gritan todos.

–Yo también quiero jugar –suplica la niña.

–¿Tú? –pregunta con sorna uno de los niños. Todos empiezan a reír sin parar. La niña se retira triste. Alguien del grupo sale corriendo y le jala de las trenzas. La niña hace un gesto de dolor y llora. En sus oídos las risas crecen desesperándola.

Pocos meses después Cora se fue de la vecindad, sin decir nada a nadie, ni siquiera dejó una nota. Pobrecita, quizá algún canalla la trató mal. Si me hubiera dado una oportunidad... La extraño mucho. Ojalá regrese algún día. Jamás conocí mujer mas hermosa ...Cora.



TULLIO A. CAMPOS (LIMA). - Estudiante de Ingeniería en la Universidad Católica.

Miembro de la Asociación Cultural, Libro Abierto.

Participante de los talleres de narrativa de la Asociación.

RITUALES

El jefe no se apresuró al darle la primera bocanada, momentos ántes de ordenar el principio del festín; a su derecha el último hijo de la estirpe esperaba pacientemente mientras mascaba un trozo de la hierba azucarada. Tras una leve pausa, en que todo el círculo guardó silencio, el jefe expulsó el humo entre las miradas complacientes de sus invitados. Un grito de júbilo se apoderó de su voz y por fin alzó los brazos hacia el sonido del tambor que retumbaba en el cielo de colores.

Las danzas eran frenéticas, pues se sabe que sólo en el nacimiento de la última luna se rompe el órden de la ceniza: iban y venían en todas direcciones,

cruzándose, despintándose con el roce y el sudor; los de pecho amarillo, los enjutos del río, y hasta los que llegaron al otro lado de la pradera bailaban traspasando los límites de la ceniza; porque sólo en la espera de esa luna, cuando se puede vivir el deseo, el tiempo se detiene entre el sabor del venado y el humo azulino de la paz.

“Es la armonía dentro del caos”; sentenció el crítico de arte acomodándose los lentes, en lo que al pintor le pareció un golpe de suerte entre tanta disertación sobre luminosidad en el cuadro“.

...y uno justo al medio”; le respondió, un poco alejado y sólo por conocer hasta donde puede llegar uno de esos críticos de Dominical. Presentir ese reflejo de llevarse la mano a la barbilla, desorbitar el ojo para seguir estrellando las palabras contra un color o una forma; la búsqueda de una justificación estética que seguramente iría profiriendo por ahí desde sus grotesco balcón. Cómo podría comprender que cuando uno se despierta del frío y del goteo aquí dentro, cruza el pasillo para llenar el lienzo en blanco, para que algo se desborde por sí solo en esa tela, entonces, la pintura es más que el propio cuadro; porque es como si uno se quitara de encima un sueño meloso que se vá edificando con tus huesos, un sueño que te absorbe para siempre y te hace dudar del pie de tu verdadera realidad.

Vamos, si continúo pensando en eso voy a mandar todo al diablo, y a fin de cuentas hay que adaptarse, o no?, así que viéndolo del lado positivo (como dirían algunos) es una exposición como cualquiera, con los intelectuales de costumbre paseándose de cuadro en cuadro, algunas chicas de la facultad de artes –demasiado lindas– y un par de muchachos que le han encontrado lo cómico al cuadro de la izquierda. Hace un momento era Martín, que le ha gustado ñi cuadro, que Ana no se siente bien pero no debe ser nada, que el flaco sigue en la clínica... en fin, si todo fuera un poco mas fácil se podría esperar que algo suceda de una vez, cualquier cosa, o tal vez... nosé, este vodka me hace bien.

La galería se había llenado de pronto, y ahora más que nunca le costaba trabajo al pintor caminar entre la gente; de lado a lado tratando de llevar la conversación, corriendo de pronto a coger otro trago, deteniéndose en pleno camino frente a su cuadro, dejándose absorber por un momento; luego, otra vez a apresurar el tiempo andando entre la bruma de voces que le zumbaba la piel.

En ese momento le pareció reconocerla. La silueta de espaldas frente a su cuadro, el sonido de unas copas que reventaban de pronto. Ella volteó súbitamente y dibujó un extraño saludo; le llamó la atención su sonrisa de gata. Luego, la veía caminar; se movía como la música de fondo, el sonido de un saxo contagiando

palidez. Finalmente, su cabello negro saliendo hacia la calle. El pintor se había quedado inmóvil.

“Quién puede ser esa flor del horizonte”, se preguntó el último hijo de la estirpe, refiriéndose a una de las mujeres que danzaba entre el éxtasis que precede a la aparición de la luna. Ella bailaba y ofrecía todo su cuerpo a ese momento, levantaba los brazos al sentir que el viento jugaba con ella, como lo hace con las espigas del campo...

El último hijo de la estirpe se levantó de su sitio, no sin antes venerar el humo sagrado, y se acercó hacia la mujer tomándola del brazo. Fue tan bello el encuentro de sus ojos que no la pudo retener y ella se alejó suavemente en dirección al bosque. La siguió. De pronto estaba en medio de la calle, tiró a un lado el vaso de vodka y se internó entre los edificios que brillaban con el último soplo de la luz. Casi sin pensarlo dobló hacia la derecha, y luego hacia la izquierda; sus pasos eran las huellas del recuerdo. Ella le aguardaba en medio del puente, su falda y sus cabellos ondulaban en el aire; el pintor había dado unos pasos cuando se dió cuenta que ahí abajo, al final del vértigo, la luna se reflejaba sobre el río cristalino. Respiró profundo y sin saber si era cierto o no caminó hacia ella.



II. POESIA

Ana María García Silva.- Licenciada en Educación por la Pontificia Universidad Católica del Perú y Licenciada en Humanidades y Teología por la Universidad Pontificia de Salamanca (España). Master en Educación de Adultos, Universidad de Mississippi (Estados Unidos de Norteamérica). Ha ejercido la docencia a nivel secundario y universitario en la Universidad Católica del Perú, en la Universidad de Mississippi, en el colegio Markham y el colegio del Sagrado Corazón Sophianum. Actualmente ocupa la Secretaría de la Asociación Cultural "Libro Abierto". Ha publicado en revistas y plaquettes. Ha obtenido una mención en el Concurso de Cuento de la revista Caretas en 1989 y el segundo puesto en el concurso de cuentos por la Paz en 1992.

LA MUJER QUE ESCRIBE

Magra es la mujer que escribe
magra por el oscuro contorno de la noche en la que fluye,
(Su silencio tiene una imagen racimal,
imperenne
dispuesta ida en secuencia sucesiva
y remite al recojo cariñoso-blando
y sin embargo, así dicho
su silencio es congoja distinta)
es agua la mujer
y escribe diluyentes,
pero la noche... la entera noche duplicante
esperma la palabra

VIVA VERBO VIVA VIVA VIVA VERBO
el inmenso rojo-negro universo
alborozó el contorno de las yemas
y los abajo huesos.

POEMA

Amé a Ciro alto y hermoso y fugaz
lo amé porque el fue
contándome las cosas en cada nombre ¡Ay de quien me confunde!
...viene Ciro el de las pálidas orejas viene como las piedras
su paso de bestia su mano
su olorosa mano a cuerpo simple
pero más como
la sustancia misma el sudor gordo el cuerpo
infante
en el centro del agua un hermoso pequeño promiscuo cilíndrico
dedicado a un derecho
donde todos paren
detiéndense a mirar su paso de bestia
su derecho a
oponer el pulgar.

Amé a Ciro. Lo cuento porque lo he amado en toda delicia
ocupando el espacio sobre el sol quebrado
donde mariposas iban mariposas venían y con ellas se podía
se podía
deslizábamos un pie
o una mano y era suficiente
el ojo hinchido y la lágrima
las lágrimas
y otras aguas que también había
aguas malas...

Y aún así amé a Ciro. Lo amé
sobre su oscuro pecho
sobre la arena.

REGRESO

Si enderezo mi andar es
para trocarme
y decir con la saliva dulce y ligera
que regreso: dejar la lluvia eternamente
no puedo llevar eternamente la lluvia -no podría-
es pesar demasiado el abrazo del vidrio y el incoloro azul
de la metáfora

Si enderezo mi andar es por trocarme.
Si pudiera
descalzaría mis pasos por la casa ajena
y sentiría el tajo de la vara anciana que enmadrinó de sal y
signo
mis declinaciones
y signó sesgadamente
en mis sesos adeptos
el siglo.

Si pudiera ablandaría las caderas. Ablandaría las muñecas
los aceros revienten y
créense en los puños
encajes bancos y albinas sederías
porque enrosco riendas al camino
y al camino torno
corro deshuesándome
enciendo por fin los relojes con el tiempo invertido
loca de volver
descuelgo las horquillas de mis vaivenes y
desclavo
(ya sin pensamiento)
mis hamacas curvadas
subo a gritos los peldaños
sometida al sueño del encuentro voy por el aire
mano en mano
brazo
boca
aliento
y dejo que ojos y sienes y ojos y tripas y brazos

me acunen
que me curen de haberme demorado
y a cambio les diré
que celebro el recurso de vuestros cuerpos matutinos
que mi cuerpo en su memoria fornía
que sin ellos no hay virtud
ni masa
ni festejo

Quiero habitar mis sandalias
holgar mis extremos
mullirme de cobijas y rastros
urdir mis brasas y preparar la hierba
mantecar mi propio pan
amarme en el cortijo
de amigos y de invierno
asir mandibularmente
la palabra cruda
para en cualquier horca
arrojar de cuajo las entrañas vivas
porque nada colma lo fecundo
y
sólo el vaciarse merece la palabra.



William Nicanor Oropeza Alcalde. (San Isidro, 1967).- Es integrante de la Asociación Cultural Libro Abierto, y participa en los talleres de poesía del mismo nombre. Actualmente cursa el noveno ciclo de sociología en la Universidad Inca Garcilaso de La Vega. Ha participado también en el segundo encuentro de escritores jóvenes organizado por la APPAC, así como en el encuentro de poetas jóvenes por la paz, organizado por la Municipalidad de Miraflores. Entre sus publicaciones se cuentan: Imaginario revista de Literatura, Sollertía revista de Letras y Ciencias auspiciada por la U.N.M.S.M. y el Boletín mensual de la fundación Friedrich Eberth; entre otros.

COMO UN NIÑO COMO UN HOMBRE

Bajo la sombra dormida bajo
el cerezo azul bajo el ennegrecido fruto

cae un cerezo

despierto

cae la noche cae

flotando

flotando como una

cabeza en los mares

a menu-

do me pregunto que ha ocurrido

mi sombra se refleja

como un niño,

atravesado

por

un péndulo como un hombre
atravesado por la sombra

des-

prendido otra vez el fruto
se han detenido las hojas
la mañana y el viento

un ai-
re tenso ha empujado mi cora-
za gris de piedra
y caido
en la ruleta ha empezado co-
mo un niño como un hombre a
girar girar girar.

POEMA

Me despierto y de súbito he tropesado
otra vez con mi sombra
“las azules campanillas de tu balcón”
Han sonado,
fijas
como un concierto de Charles Dodge
todavía “crees que suspirando pasa el viento
murmurador”
y nada hay mas hermoso, saltar, correr,
sentarse pies arriba
pensar que todo es tan idéntico
y real
como un espejo dialogando dentro
de otro espejo
pero tu sustancia, tu plasticidad, vive, calza
y nos deslizamos por el hoyo de la huella
de un zapato
mientras enciendo una vela, echo a bailar
un trompo
y no hay otra manera de hacerlo, caminar
entre cerezos, nutrirme
de manzanas y vivir como el arroz.



GLORIA ROMERO.- *Profesora de Lengua y Literatura.
Estudios de Lingüística en la Pontificia Universidad Católica
Integrante de la Asociación cultural "Libro Abierto"
Ganadora en 1989 del concurso de Poesía "Aniversario de
Alfonsina Storni" en la Argentina.*

SOBRE LOS LIMITES DEL REINO DE LA POESIA

I

Admitamos:

Hablar de la muerte frente a las orillas
es un vicio irreversible.
Después de todo existe la creencia de que:
- Sólo los profundos analizan la trascendencia
- Mejor pasar por docto que por insulso
- Los siquiátras buscan siempre locos mensurables
- Los poetas asisten a las playas del estío y
esperan el arribo
de su mejor poema
- Y los gusanos son los únicos que realmente
disfrutan del ágape.

II

Todo silogismo puede ser una farsa
(conveniente a estar alturas del poema)
Sin embargo
es fácil merodear el melodrama
recurrir a la blanda nostalgia
y ser la pera que no nace del olmo
como tú
que juegas el bowling

y te abres de piernas al sol del mediodía
huyendo de la plana tristeza
y concluyes
que el Rímac es un chiquero comparado con el Regatas
y las mejores palabras del oscuro Rimbaud
no se acercan a tu inconmensurable vacío.
Consideremos de todas maneras:
que leíste a Dylan Thomas
que te fumaste el último troncho
que conoces el sabor de las pizzas en tu pizzería favorita
y que eres un reconocido maldito.
Pero, como te niegas
a convertirte en un cursi
y que al borde de la confrontación cibernética
no aceptas
que estamos en el iceberg de diciembre
en un país de ciegos y marginales
que eres un pelotudo y no un batracio impredecible
y que al fin
! plaf !
tengas menos
cuanto más hay que decir.

III

Analícemos ahora que:

- La rosa ya no resiste las blasfemias
 - no existen templos en los enigmas inefables
 - somos víctimas del cliché y el espanto
- y no quiero seguir.

CHIRIGOTAS EN UNA TARDE DE VERANO

Son las seis de la tarde. Ningún candil parpadea.
Sólo un oscuro francés de apellido Bretón me
sugiere una plática, mientras un manojo irritante
de fulgores solares dibuja la sombra de una mano
que suplica: ! detengan ! ¡paren los impuestos!

Ahora sí puede dormitar el verdugo
sobre la célibe sábana de su indolencia. Y Lima
arder y lucir como un desempleado mal oliente.

(Y habrá sido esta rutina cernidor de la lengua
viparina, de la que inventa máscaras a la sombra)

El aire está lejos y
en la próxima esquina me despojo
de mi espacio y golpeo, empujo, me irrito
echo a un lado cuatro monedas
y lo que suceda más tarde
será obra del azar. Rutinariamente
el autobús esculpe un edificio a la intolerancia
y regreso al paleolítico en lo que dura
un respiro. Las cuentas atentan las siguientes
alboradas y no puedo negar que a
las tres de la mañana
seguiré mirando las sombras sin resolver nada.
Digamos que hablaré de la legumbre, de la arruga
despreciada en el flanco de la sábana, que estaré atenta
a los próximos anuncios y en un reino
de malévolas historietas la montaña del día
parecerá más alta.
Pero yo puedo aclarar que la leche es clandestina,
prohibitiva la siesta del despojado y que
un mismo poder cobra las rentas. Aunque, claro
no puedo permitirme el mínimo bostezo
en las puertas del horno.
(La hipoteca es la cuna del arte. Su izquierda siniestra.
Y si se levanta la palabra respirando hedor,
agotada, perseguida por oscuros criminales
es para sugerir la presencia de un siquiatra
amable en la banca de un parque. Pero que
se entienda que no puede estar huera, ni sencilla, ni

palurda en las covachas de Versalles. La vida es sólo torbellino, avalancha, pasión extrema y todo umbral cierra las iras. Es aquella mujer cubierta de mugre que no ha dado su último grito. Aunque en definitiva el expresionismo tampoco basta.)

PRELUDIO

(El plácido Aristocles “el ancho de hombros” vendido como esclavo, pidió a Perictione, untara de mirra su túnica. Pero ella no gozó la gloria. Sólo el oscuro fogón fue el reino de sus uñas.)

Derrumbada ya casi la tarde,
una sequedad laxa y amarga
persigue la curva tibia de mi garganta.
Sólo estirando las manos
puedo descolgar los cuadros y arañas célibes
en los rincones de la casa.

Tú,
llegarás sin necesidad que despunte el alba
para entender
que todos seguimos bajo tus hombros,
débiles e incapaces de flanquear el horizonte,
y convencerte de que
el sofá encierra todas tus dudas. Y me mirarás
mientras enciendes el último cigarrillo
y desputa en tu barbilla
una cacasena actitud de intelectual perdido.

En medio de tus brazos estaré sola, esperando
que caigas del níspero

aunque la grasa de las ollas anhele el roce
de mis manos. Será la única postura
de rinoceronte atravesando el túnel del tiempo
que pueda concederme. Total hace siglos espero
descubrir tus ojos verdaderos que no fueron azules
ni verdes como las cervezas, ni del color
de la leche malteada. Pero callarás
y yo daré todas las respuestas.

Por ahora, mantienes en el sillón
tus mantas y petates
como el cacique Taulichusco
– antiguo rey de esta comarca –
comarca en donde mis pies no responden.

Al instante
el rancio café coronará estos silencios
y, como una loca desarrapada,
se colará por la ventana esa nostalgia
que nos muerde la espalda
cuando miramos de frente el alba,
y se lanzará desde las cavernas
a vivir entre nosotros
como un aire caliente trepando la pared.



KARLA NEWMAN (Lima).- *Miembro de la Asociación Cultural Libro Abierto. Estudios de diseño gráfico en el Instituto Toulouse Lautrec. Estudios de teatro. Participante de los talleres de poesía de la Asociación.*

POEMA

Comadreja de cuarto menguante
se perdieron tus huellas mías
en cada silbido también de pajaritos,
tus crías carnosas
en el naranja sol naciente,
entre amarillos y verdes
y luego azules,
azules suavécitos sus pasos desconfiados.

Créanlo o no, todo le fué redondo
de corridas no de toros
de abortos y orejas
como el amor de mis colinas de senos,
el amor bueno.

Acaríciame el lomo amable y húmedo
seca mis lágrimas de madre hambrienta
en medios días, en medias noches.
Aún no he encontrado su paso viejo.

De viejo
esperaré entre melocotoneros y avutardas
para hacerle el amor
y ha de ser ligerito
“Mámale el pecho blanco, los labios rojos,
la carne estéril”
de viejo esperaré entre melocotoneros.

Frótame el vientre hinchado
comadrona virulenta,
debajo de todas las lunas
las de los amores
yo te estaré esperando con las avutardas.

POEMA

Así era el bote de caoba
miserio e indefinido color pelícano.
Muchas veces nos sentaremos frente a él
mojándonos los párpados gaviotas,
muchos días conoceremos el azul amable;
la muchacha de falda corta
de poco reino
no nos ha reconocido en reposo,
no estamos tocándola en la oscuridad.

Así era el agua bajo la madera
así cuando nos bañaremos desvestidos,
muchas altas mareas
pudiéramos ahogarnos pero nunca limpios.
Nos hemos proclamado semi-hembras,
semi-humanos, semi-hombres
hemos cernido el sol a la pubertad de la luna.

Nunca aprendimos a remar.
A veces, cuando nos sentemos
la muchacha leerá los ojos gaviotas
y el cielo deberá ser discreto como Dios.

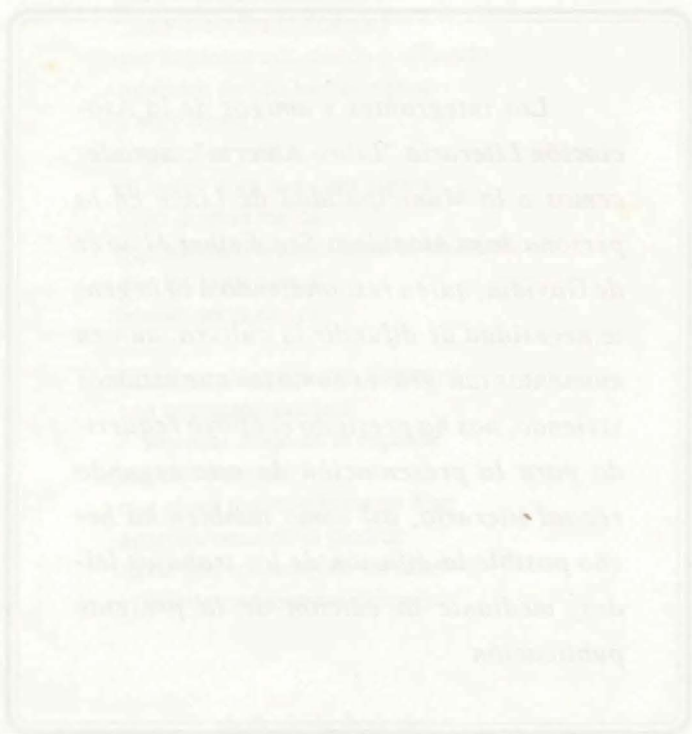
LOS HIJOS DE JOSE

Los vecinos de Asís
dicen que llegamos
con una mano en el bolsillo
y otra en la frente,
que venimos del paleolítico
o del vientre de Andrómeda
que se ríen de nuestros cuentos atrevidos
(por eso no los contamos)
que llegamos con miedo y silbando
cubiertos de una niebla espesa
y muy secos,
con cantos y ritos
en honor a un músculo nuevo.
Y no dijeron nunca
que somos telépatas hasta el éxtasis
que los hijos ajenos
desean ser nuestros.

Nosotros sabemos que llegamos
con una mano delante
y otra más abajo de la espalda
sin más porqué,
que el ser terceros hijos de José
agarrándonos de la piedras
hasta que nos sangren las uñas
y vomitemos una vez después.



Los integrantes y amigos de la Asociación Literaria "Libro Abierto", agradecemos a la Municipalidad de Lince en la persona de su Alcaldesa Sra. Esther Alvarez de Gavidia, quien respondiendo a la urgente necesidad de difundir la cultura, aun en momentos tan graves como los que estamos viviendo, nos ha prestado el apoyo requerido para la presentación de este segundo recital literario, así como también ha hecho posible la difusión de los trabajos leídos, mediante la edición de la presente publicación.



RELACION DE MIEMBROS DE LIBRO ABIERTO:

- | | |
|-------------------------|--------------------------|
| 1. Otilia Navarrete. | 22. Carla Newman. |
| 2. Antonio Gayozzo. | 23. Viviana Mellet. |
| 3. Reynaldo Santa Cruz. | 24. María Teresa Grillo. |
| 4. Richar Primo. | 25. Simón Bardales. |
| 5. Ana Luisa Soriano. | 26. Javier Ortíz. |
| 6. Carla Sagástegui. | 27. Fiorella Magán. |
| 7. Pedro Castillejo. | 28. Rocío Uchofen. |
| 8. Ana María García. | 29. Zelidet Chávez. |
| 9. Carmen Cortéz. | 30. Carmen Guisado. |
| 10. William Oropesa. | 31. Enrique Céspedes. |
| 11. Fanny Levin. | 32. Juan Chang. |
| 12. Nena Garland. | 33. Marco Cárdenas. |
| 13. Carlos Rengifo. | 34. Tulio Campos. |
| 14. Gustavo Aliaga. | 35. Ana Cecilia Sotelo. |
| 15. Gustavo Galván. | 36. Patrick Hironoshita. |
| 16. Gloria Romero. | 37. Juan Ochoa. |
| 17. Ernesto Gianolli. | 38. Ana mas Germany. |
| 18. Violeta Barrientos. | 39. Lucía Stecher. |
| 19. Alicia del Aguila. | 40. Carlos Rueda. |
| 20. Mario Michelena. | 41. Cecilia Medina. |
| 21. Horacio Vargas. | |

TALLERES:

La Asociación "Libro Abierto" dicta Talleres de Creación Literaria (Poesía y Narrativa) en:

- Moquegua 234 (Lima).
- Enrique Palacios 350 (Miraflores)

INFORMES:

Teléfonos: 498705 - 620393



**ASOCIACION LITERARIA LIBRO ABIERTO
TRIANA 560 - A (ALT. 9 DE BOLIVAR) P. LIBRE
LIMA-PERU / TELFS.: 498705 - 620393**



MUNICIPALIDAD DE LINCE

UNMSM-CEDOC